

*Para Irene y Pablo.
Que el odio nunca os alcance*

Si no puedes tratar con los seres humanos con amor, no deberías tratar con ellos de ningún modo.

LEÓN TOLSTÓI

Es duro ser negro. ¿Has sido negro alguna vez?
Yo fui negro una vez... cuando era pobre.

LARRY HOLMES,
ex campeón WBC de los pesos pesados

En el Palacio de la Oreja (I)

Una historia?

—Sí, Carlomonte. Algo fuerte.

—Sí, sí. Una de hostias. —El chico del pelo naranja parece excitado y un punto sanguinario—. Sí, sí, viejo, una de esas que te inventas de Nueva York y de por ahí.

Carlomonte los mira con pena. Si supieran, si le creyeran...

—¡Joder, pa' cosa buena la que me contaron ayer en el tuto! —Todos se giran para ver a un entusiasmado chaval con una cara en la que compiten por el protagonismo varios piercings con otros tantos granos de pus—. Mirad, hay un hombre en un bosque. Se va a ahorcar. Cuando está ajustándose la cuerda al cuello llega una rana saltando, lo mira y le dice: «¡Señor, señor, por favor, espere, no se mate! ¡Tiene usted que hacerme un favor!». El hombre...

—¿Es un chiste?

—El hombre mira a la rana asustado y dice: «No puede ser, estoy ya loco del todo, aquí, a punto de morir y esta rana que me habla. ¡Ayúdame, Dios mío!». Y la rana: «Señor, señor, no se

mate. Ayúdeme». Total, que el tío se quita la cuerda del cuello y le pregunta desesperado a la rana que qué puede hacer él, que lo deje en paz, que se quiere matar. Entonces la rana le dice: «¡No, espere! Tiene usted que darme por culo. Estoy bajo un hechizo y sólo si me dan por culo volveré a ser una persona. ¡Por favor!». Bueno, el tío alucina, que cómo va él a darle por culo, y la rana dale que te pego: «¡Señor, por favor, sólo si me dan por culo, volveré a ser una persona!». Total, que el tío mira a su alrededor, no ve a nadie y dice que sí, que vale. Coge a la rana y le da por culo con toda su alma y ¡ZASS! la rana que se convierte en un niño de ocho años... ¡Y ésa, señorita, es la versión de mi cliente!

Toda la pandilla se ríe ruidosamente.

—¡Joder, qué animal eres!

—Es buenísimo, ¿que no? Lo mejor son los caretos de la gente cuando sueltas lo del niño de ocho años: flipan.

—Venga. Dejad que empiece Carlomonte. Una de combates, abuelo.

¡Bah! Demasiado jóvenes para saber cuántas vidas caben en una; cuántas peleas, amores, cuántas alegrías y cuánta más soledad. La niña se lo va a pedir...

—No, cuéntanos una historia de amor —suspira la muchacha mientras frunce los labios y choca contra los dientes la bolita metálica que le adorna la lengua. Tic, tic, tic—. Algo para soñar con el mar.

Pobrecita, siempre pidiendo amor. Tras todos esos tacos, tíos y colillas, no es más que una niña que quiere oír hablar de amor.

Las luces se encienden mientras la ciudad se apaga.

El viejo Carlomonte sonríe a la chica. Le gusta el mar y la gente a la que le gusta el mar. También le encantan las mujeres. Lo siguen fascinando, aunque sabe que ninguna volver a amarlo, encerrado ya para siempre en la nada de una vejez sin dinero. En una piel tan arrugada y manchada como su ropa. Quizá podr a conseguir que, entre tetrabrick y tetrabrick, se la chupara la Mercedes. Siempre le sonríe y le grita cosas cuando se cruzan por el barrio. Ella tirando de su carrito del súper lleno de basura y con la estrella robada de un Mercedes atada en el frontal, y él tirando de su curda. Pero es que eso ya no es una mujer. Le gustaría besar a la chica y acariciarle los pechos. Suavemente. Mientras, le explicar a que no siempre fue así, que antes —el antes de sus historias— no ol a siempre a alcohol y a sudor. Pero ya no puede ni siquiera bromear como sol a: «Las hijas de las madres que am  tanto me besan hoy como se besa a un santo». Ni son ya las hijas, sino las nietas, ni él es un santo. Además, si alzara la mano para rozarle una mejilla a la chica, el chaval del pelo zanahoria, el sanguinario, le partir a la cabeza con su monopatín. No hay inocencia en los perdedores. Y  l, Carlomonte, sólo es eso: un perdedor lleno de alcohol barato e historias caras de creer.

—¡Toño, ponle otro chispazo al Carlomonte, que no se arranca! —grita burlón uno de los chicos—. Y otro mini para nosotros.

Toño asiente. Los mocosos estos son menores; él no deber a venderles alcohol ni tabaco. Su Palacio corre peligro pero, por otra parte, nadie va a irle con el cuento a la poli. Es más, en esta calle y en este barrio hay gente que tiene dudas razonables sobre la existencia de la policía.

La tragaperras se inflama de luces y fanfarrias eléctricas para anunciar un premio miserable, despliegue del que se hace eco el chirrido del autobús que se detiene frente al bar con su carga de curritos reventados, cabeceando soñolientos, de mujeres gastadas y de yonquis sin fuerzas ni dinero para un kunda que los lleve al infierno más cercano. Total, la frontera del infierno está a un par de paradas, en el vacío que los niños otean desde los castillos de protección oficial. La tragaperras se obstina en señalar como ganador a un ecuatoriano chiquito que viste un mono azul manchado de pintura y demasiado grande para él. Lleva las mangas y las perneras remangadas. Definitivamente el mono era de otro, de alguien más voluminoso, heredado de alguien de aquí, se dice Carlomonte, que dejó de pintar por una miseria. Aquí ya nadie acepta su porción de miseria. El ecuatoriano se despega un hueso de aceituna de la suela gastada de sus deportivas y va guardando receloso la ganancia. ¡Otro ganador en el Palacio de la Oreja! Nadie lo felicita ni bromea. Ni le exige el convite a una ronda. Es sólo un emigrante que mira de reojo, como maldiciendo, a la escandalosa maquinita por descubrirlo llevándose algo que no es suyo.

Carlomonte recorre con ojos vidriosos las salas del Palacio y observa a los cortesanos de esta noche de invierno. Sordo a las risas y las burlas de los chicos, escucha el silencio de una pareja de ancianos. Hay formas de callar, de dejar de hablar de repente, que lo dicen todo. La vieja del pelo violeta clava los ojos con tanta fuerza en la espalda manchada del ecuatoriano que, por cojones, tiene que callarse. O el trago hondo, con tufo a tabaco negro, que otros tres hombres de cara colorada y estómago

abultado —¿alguien ha dicho: «no te jode el panchito»?— pegan a sus copas antes de darle la espalda al inmigrante.

Únicamente los chicos parecen no fijarse en el atribulado ganador —¿cuándo dejará la máquina de escupir monedas y la soltará?—. Aún son demasiado jóvenes para escuchar el silencio y saber que, según y cómo, es el peor de los gritos. No lo han sufrido. En su mundo sólo hay ruido. El ruido excesivo a edades tempranas altera para siempre la capacidad de aprendizaje. Carlomonte recuerda haberlo leído en un periódico. Él no lee sólo los deportes. Ruido; por eso los chavales son tan tontos. Claro que a nadie le interesa que sean más listos y den problemas, que tengan silencio para pensar. Ya les llegará, impuesto. A todos, más tarde o más temprano, nos alcanza el silencio de los demás. Luego, simplemente no nos ven. Sólo ellos parecen no darse cuenta de la salida un tanto precipitada del sudamericano.

—Tu chispazo, Carlomonte. Invitan los chavales. —Toño, el dueño del bar, le sonrío con resignación. Hace un tiempo que conoce al viejo borracho y siempre le ha fascinado la habilidad, el arte que tiene para cambiar tragos por historias a la gente más diversa. Le parece que hay mucha dignidad en ese trueque. Carlomonte nunca ruega que lo inviten. Simplemente se sienta en un rincón de la barra y espera a que alguien le pida una historia. Toño fue legionario, de la octava bandera del Tercio Don Juan de Austria, na'menos, y se comió un montón de mierda cuando la Marcha Verde. Le jodía que nadie hablara nunca de los tiros y de los muertos que hubo por allí; que aquello no fue como mudarse de un piso, y los putos moros bien que apretaban. Anda que no desenterró minas. Casi tantas como puso. Aquello fue una guarrada, sobre todo para los saharauis, que los

dejamos vendidos. Carlomonte le recordaba su juventud en Marruecos, y a aquellos bereberes, los birbir de los cojones, que contaban historias sentados en el suelo mientras a su alrededor se amontonaban todos esos cabrones piojosos con chilabas y la boca abierta. Historias que él no entendía y que no pasaban, por tanto, de ser un soniquete, un runrún que se le había metido muy dentro. ¡En fin! Otras veces, sin embargo, lo entristece lo mucho de condena que hay en ese narrar historias del borracho. Tiene que ser jodido inventarse todos esos camelos para que los demás te paguen las curdas. O simplemente para que te vean. Y, sin embargo, al escucharle... Bueno, todos esos detalles y sitios que describe, el aplomo con que cuenta sus anécdotas. Toño duda y piensa que, quizá, el viejo borracho no lo inventa todo, y sencillamente recuerda. Entonces Toño aguza el oído y escudriña la ruina humana buscando un destello de grandeza pasada, de ese «Siempre vive con grandeza quien hecho a grandeza está». Mira y remira hasta decidir que, si son recuerdos y no fabulaciones, son sin duda los recuerdos de otro. ¡*Enfant*, que dicen los franceses! Le llena la copa con Veterano hasta el borde—. Aquí tiés, una copita de soldao viejo.

Carlomonte alza la copa y se la acerca a la boca, pero uno de los chicos le sujeta rápidamente de la muñeca. Unas gotas de brandy se derraman por la mano del viejo y el olor del alcohol le entra hasta el cerebro, hasta la cueva donde viven las sombras y la serpiente enroscada de la memoria.

—Nada de beber hasta que empieces —gallea el chaval jaleado por las risas de los otros.

—No os paséis —tercia compasiva Mara, la del piercing, el mar y las tetas grandes.

—Ya os vale —escupe el zanahorio—. El viejo está pirao. Cada vez cuenta menos y se mama más. Es la última vez que me traéis a este agujero.

—Pobrecito Carlomonte. Es muy simpático y nos ha contado cuentos muy buenos —¡qué buena es, qué buena está la cría! ¡Qué buen rollito, tararí, tarará!—. Córtate tío, que podría ser tu abuelo.

—¿Mi abuelo, este bolinga? —El del pelo naranja está demasiado molesto para que no haya algo de verdad en el símil—. ¡Que te pires!

—Además, está lloviendo.

—Me da igual. Yo prefiero mojarme patinando a oír las gilipolleces de este colgao. Me piro.

¿Mentiras? Carlomonte ve marchar al panocha con un par de colegas. ¿Mentiras? Él nunca cuenta mentiras. Sólo trozos de una vida exagerada pero cierta. Sí, él peleó en Nueva York y en Londres; en los casinos de Las Vegas y Atlantic City. Fue poeta. Estafó y fue estafado. Lo corrieron gitanos de tablao por pagar juergas con billetes falsos, y la *troupe* de los enanos Eduardini, los del Circo Price, por ser alto. Se hizo bocadillos de caviar y se bebió el mar. Lo metieron en la cárcel y lo sacaron. Vio morir mil amistades eternas y mató el amor de la única mujer que de verdad lo quiso; que lo amó antes de Montecarlo y siguió queriéndolo cuando sólo era, ya para siempre, Carlomonte: el borracho charlatán. ¿Mentiras? No. ¡Me cago en Dios! Recuerdos fijos, exactos, atrapados en el papel kodak de la soledad y el tiempo. ¿Una historia? Él tiene mil, un millón, porque siempre huyó, corrió y el mundo se dejó alcanzar y hasta sobrepasar. Es tan sencillo tener pasado, recuerdos. Únicamente se necesita no

estar a gusto con nada ni con nadie; principalmente con uno mismo. Lo demás viene solo. La gente más diversa se peleará por pegar sus narices a los muros de cristal de tu furia. Algunos se te entregarán con la intención de animar un poco sus anodinas vidas con algo, no mucho, ¡por favor!, de tu inquietud. Serán moscas atrapadas por la luz de una vida que, por despreciada, se consume más rápido, con más violencia. Todos se queman y dejan sitio a nuevas moscas, con suerte, a algunas mariposas. Que de todo ha habido, se dice Carlomonte.

—¿Una historia? —repite el viejo borracho. ¿De hostias? ¿De amor? ¿De sangre y semen? Sí, él sabe muchas. Algunas muy bonitas y seguramente edificantes para estos simpáticos macarrillas que han preferido esperar su narración en vez de mojarse y castigar el mobiliario urbano con sus monopatines. Niños que crecen en parques de acero y de cemento. Niños acostumbrados a tenerlo todo. O casi. Serán hombres duros, violentos, intransigentes. Bueno, *anyway*, la naturaleza está sobrevalorada. Es francamente incómoda. Un invento de gente de ciudad que se moriría si pasara una noche al raso. Antes, del campo sólo venían los paletos a subirse a las escaleras mecánicas de los grandes almacenes. Hay quien odia los árboles. Sí, como esa chica rusa, la Irina, que tras dos años de venderse en un parque, no soporta los árboles ni los putos pajaritos. ¿Dónde andará? ¿Acaso no era toda de piedra la Atenas de Pericles? Las piedras no son duras, son piedras; pero sí la gente que las imita. Podría contarles historias terribles de hostias y amor: de amor a las hostias o de amor a hostias. Tristes, crueles, algunas divertidas e incluso un par de ellas con final feliz. Podría hablarles de Alysya y de Julián. Contarles cosas de una niña que sólo hablaba

francés en sus pesadillas y de un boxeador que sólo perdía, una y otra vez, en sueños. Ésa es una buena historia, real y bastante reciente... ¿La de Alyssa, la mujer invisible más bella del mundo, y Julián «Alacrán» López, el boxeador?—. ¿Queréis una historia? Id a reiros de vuestra puta madre, gamberros analfabetos. Dejadme en paz.

—¡Tranqui, jefe! Que nadie lo ha insultado. No te jode, encima que le pagamos el pedo. —El chico hace amago de coger la copa de Carlomonte mientras otro da un paso hacia el viejo. Sólo el chasquido seco de un garrote corto con el lema VIVA MI DUEÑO escrito a fuego, con el que Toño golpea la barra, detiene a los jóvenes.

—¡Hala, que corra el aire! Pagad lo vuestro y a la puta calle hasta que sepáis comportaos. Al señor Carlomonte lo invito yo. ¡Venga, arreando! —Toño hace rodar el garrotillo con la leyenda HOY NO SE FÍA, MAÑANA SÍ, por la barra hasta chocar con un exhibidor lleno de boquerones flácidos, patatas alioli que amarillean por los bordes y de la estomagante oreja de cerdo que da su justa fama en el barrio al Palacio de la Oreja y que oficia de mágico «detente moro» según su dueño—. Ya se han ío, Carlomonte. Tómate la copa tranquilo mientras yo cierro. Saldremos juntos. Con estos niñatos nunca se sabe. El otro día rajaron a uno, por un móvil, aquí al lao. Un compañero de clase.

—Gracias, Toño. No se merecen mis historias. ¿Qué saben ellos de cómo fue el mundo?, ¿de cómo es? Nada les interesa.

—Hay de to, Carlomonte.

Los parroquianos empiezan a desfilar y el Palacio se vacía. Toño recoge la barra, desenchufa la tragaperras y derrama sobre el mostrador el contenido del bote. Poco. Es un barrio de poca

propina y los céntimos de euro no ayudan. Carlomonte observa a Toño, el barman del Palace, como lo llama a veces. Hace sólo un par de meses que para por aquí, pero siente verdadero afecto, una amistad antigua, por el dueño del bar.

—¿Sabes una cosa, Carlomonte? En el tercio conocí a un gaditano. Un tío de Véjer de la Frontera. Siempre decía que su pueblo era el más bonito de España, del mundo...

—Lo es. Bonito, quiero decir. Los pueblos más bonitos del mundo son la madre de todos los crímenes.

—Bueno, pues el legía este era de Cádiz, pero no el típico guasón. Ya sabes, pisha por aquí, quiyo por allá. Era un hombre muy callao y me enseñó muchas cosas. Me enseñó a oír el silencio. Una vez estuvimos de guardia encima de una loma más pelá que el culo de un mandril. La verdad es que yo estaba nervioso. No paraba de hablar y Ramón, que así se llamaba, nada, callao. Cerré la boca y se hizo un silencio de kilómetros. No sé si me explico...

—Lo haces muy bien, Toño.

—Allí estábamos los dos, callaos. Yo sólo movía la cabeza para que la borla del chapiri me espantara las moscas. Pasó un rato y yo me moría por charlar un poquito. Así que mirando al horizonte le dije: «Hay que ver lo bien que se está hablando poco». El Ramón siguió callado, mirando también para el frente, y cuando menos me lo esperaba dijo: «Pue pa'hablá poco mehó no habló na». Acojonante el tío. Desde entonces me gusta más escuchar. Al silencio, a la gente como tú, que sabe tanto de la vida.

—No tiene mérito. Lo malo de la vejez es que sabes cómo acabará todo. De joven sueñas; de viejo sabes. Es una putada. Yo

muchas veces miro a alguien que habla en la tele, sea una señora o un chino, porque aquí, con el ruido del bar no se escucha. Es sólo una cara, unas ropas. Quizá un poco de paisaje. O un bicho de un documental. No te digo nada si el documental es de monos, que hasta reconoces gente, amigos. Bueno, es lo mismo. Cuando eres viejo sabes cómo terminará para ellos. Da asco. De todas formas tú escuchas muy bien y conoces muy bien al ser humano.

—Al hombre. Pa'mí las tías son un misterio.

—Como para todos.

—A los tíos sí. Va con el cargo. Tras la barra es fácil adivinar lo que le pasa a un hombre. En realidad a todos nos pasa más o menos lo mismo y, leches, se parecen más a mí que a sus mujeres. Somos hombres, ¿no? Así que no es extraño que yo los entienda mejor. Para eso son los bares, cojones, pa' que los tíos tengan un sitio adonde escaparse un rato de su casa, de la parienta. Un sitio pa' estar tranquilo. Yo aquí vendo mucha oreja, pero no sólo de cerdo. ¿Oye, Carlomonte?

—Sí.

—Antes me pareció oírte decir algo del Alacrán, de Julián López. El boxeador.

—¿Dije algo?

—Sí, algo de una mujer invisible y el chico ese que va a hacer el campeonato de Europa. Peso welter, ¿no? Lo he visto por la tele un par de veces. ¿Es verdad que nunca ha perdido? ¿Tú lo conoces?

—¿Yo? No.

—Pues me debes una historia.

—Vale.

—Vale.

—...

—Toño, que sí.

—¿Que sí qué?

—Que sí, que lo conozco. En realidad se puede decir que es por lo que vengo a tu bar todas las noches.

—¿Y eso? Por aquí no ha venío nunca que yo sepa. Aquí siempre viene la misma gente.

—Ni vendrá.

—Ah, ya...

—Te debo mucho, Toño. No son tiempos amables para los viejos, los pobres y los borrachos. Yo soy las tres cosas y tú siempre eres amable conmigo. —El viejo borracho moquea y una lágrima traza un surco en la sucia mejilla.

—Joer, Carlomonte..., que me vas a hacer llorar. —Toño tiene la voz quebrada. No puede evitar emocionarse con el viejo—. Trae tu copa.

—¿Tienes tiempo?

—Nadie me espera.

—A mí tampoco. Te voy a contar mi mejor historia. La de la mujer que quería ser invisible y la del boxeador que sólo perdía en sueños. No hace mucho que ocurrió. Aquí, en esta ciudad. Pero comenzó hace años y, en parte, muy lejos. Más allá del mar...

Bajo el volcán

Mamá me acaricia la mejilla y me mira con los ojos rojos, húmedos. Hoy todo es humedad. Gotas enormes reventan contra las tejas y la chapa de nuestro techo; toda la casa convertida en una enorme marimba como la que saca el tío Colo los días de fiesta.

Por el hueco de la única ventana, me da rabia que sólo tengamos una porque la casa de Marta tiene dos. Bueno, pues por el hueco de esa ventanita se cuele el aire que baja de los cafetales: el olor de la montaña cuando se moja. Doña Laura, mi maestra, en días como éstos siempre se queda mirando fijamente hacia las laderas y dice que ve bajar el aire de los cafetales como una bruma azulada. En verdad, a ella lo que le gustaría es ver bajar a tantos hombres del pueblo que se perdieron tras las cimas, cantando, y no han vuelto. Roberto era el novio de doña Laura y también se desapareció.

La ventana no tiene marco ni vidrios. Es sólo un hueco de ladrillos desnudos y unos pequeños helechos han nacido entre ellos, acá y allá. Mi papá no la terminó. Y tampoco la otra pie-

cita que estaba levantando y que ahora es sólo un montón de escombros en la trasera. Me enoja porque con esa piecita más nuestra casa habría tenido otra ventana y ya no sería la más pequeña del pueblo. Sería tan grande como la de doña Laura. Yo la quiero mucho y de grande quiero ser maestra como ella. El cemento que mi papá tenía preparado se echó a perder. Nadie lo cubrió y se volvió loco con las lluvias. Se secó en formas extrañas, y tapó piedras, flores amarillas y algunas latas. También una goma vieja de la motito de mi papá. A mí me gusta jugar en ese lugar porque veo las figuras tan raras que tomó el cemento. Hay una que parece un dragón y otra que parece un puerquito. Doña Laura me explicó lo que era un dragón, pero luego discutió con mi mamá. No sé por qué, yo soy buena en la escuela. Discutieron y la maestra lleva días sin venir a ver el dragón.

A mi papá lo mataron los paramilitares cuando vinieron y no encontraron a los otros hombres. Un oficial miró fijamente hacia la sierra, como la maestra, y ordenó matar a mi papá y a otros papás. Y al doctor. Mi mamá no supo terminar la piecita y no quedó varón que la ayudara.

¡Pobre mamá! Parece tan triste hoy. Vete con esta señora, m'ija. Es la señora Dolores y es muy buena. Por favor, haz lo que la señora te diga y ella te traerá mañana de vuelta pa'casa. ¿Verdad que me la trae, señora Dolores...? Sí, no tenga problema, que yo le devuelvo la niña mañana a más tardar. Y usted va a ser una niña buena, porque linda ya lo es, y me va a obedecer, ¿no...? Sí, señora.

Mi mamá y mis cuatro hermanitos, que chicos son, salen a despedirme al borde del camino. Mamá llora y Pancho, que está

en sus brazos, también. Manuel me mira fijo, muy serio, y escarba con el pie descalzo en la tierra roja. A veces, cuando llueve aún más fuerte, la montaña sangra y todo el pueblo se mancha de rojo y a mí me da miedo. Estoy muy contenta porque en la buseta hay más niñas de mi edad y tres más mayores, como de doce o trece años. No conozco a ninguna, pero ellas también parecen contentas, embromándose y preguntando de qué caserío y pueblo son cada una.

La señora Dolores es muy agradable y nos dice que vamos a Nueva Cartagena, una ciudad. Nunca estuve en una. ¿Cómo será? Dice que hay cine y playas muy lindas. ¡Qué bueno, nunca vi el cine ni el mar!

El camino es muy largo y ahora vamos por rutas negras. Encontramos otros autos y camiones, cada vez más. Ya no se nos ve tan alegres. No jugamos. A mí me duele una pierna de estar sentada y me aburro. Cuando no estoy jugando el tiempo se me hace largo como un chicle sin sabor.

En un giro de la buseta una niña de Rancuy, un pueblito cerca del mío, se ha golpeado la cabeza y se ha hecho un corte muy feo. La señora Dolores se ha enfadado mucho con ella por ir de pie, porque esta niña sí seguía jugando como a rayuela en el corredor de la buseta, y le ha dicho cosas y le ha puesto un pañuelo en la herida. Le grita que deje de llorar, que no haga tanto escándalo, que no es nada y que ya pronto llegamos a Nueva Cartagena. Que allá la va a mirar un doctor.

Paramos en una gasolinera para repostar. Algunas niñas dicen que tienen hambre y lloran. La señora Dolores las hace callar, y les promete riendo que pronto van a hartarse de comer

cosas ricas. Nos acompaña a algunas al lavabo. La niñita de Rancuy no está en la buseta cuando arrancamos y la señora Dolores nos dice que ya vinieron los doctores a curarla y se la llevaron.

En Nueva Cartagena no hay calles de tierra roja ni montañas que sangran. Yo me digo que es porque las olas del mar deben ser como enormes cubos que baldean la ciudad. Hay muchas casas altas altas, autos y luces. Muchísimas luces. Letreros con luces en casas muy grandes y con miles de ventanas. La gente camina muy deprisa y lleva ropa muy bonita, camisas de flores, vestidos de colores. Muchos hombres llevan pantalones cortos, como los niños de mi pueblo. Hay mucha gente extranjera. Se los conoce pronto porque todo el mundo los quiere y los llama a gritos para invitarlos a sus casas con letreros luminosos. Los extranjeros caminan distinto, van siempre mirando a muchos sitios a la vez y diciendo a todos que no con una sonrisa. Deben ser buenos porque todos los llaman, aunque son hombres y mujeres muy grandes, bien gruesos y coloradotes. La buseta se ha detenido en un cruce y uno de estos extranjeros me sorprende mirándole con la nariz aplastada contra el vidrio. Me sonrío y yo le hago caras. Se va.

Huele raro, a sal. Y no llueve. Pero no veo el mar. Ni el cine. Hace rato que es de noche y seguimos sin comer. Me duele la panza, pero la señora Dolores dice que pronto comeremos. La buseta se detiene frente a un gran portalón cerrado. Hay una tapia y tras ella se asoman palmeras. ¡Qué altas, parecen princesas! También se oye música merengue. Cuatro de las niñas bajan con la señora Dolores y entran por una puerta pequeña. Las otras cinco niñas esperamos en silencio en la buseta. No sé por

qué, pero ya nadie se ríe. Bueno, la señora Dolores y el chófer sí cuchichean y se ríen.

Las luces y los letreros van escaseando y por la ventanilla sólo se ve noche y trozos de calle aparecen y desaparecen con las farolas. Un poco de calle, una tapia, media puerta.

—¿Tienen hambre, mis niñas? Ahorita mismo les dan de todo.

La buseta se detiene bajo una luz y la señora Dolores nos hace bajar a todas. Aprieta un botón y habla por una rejilla metálica.

—Dolores.

La verja se abre sola y la señora nos hace entrar. Hay un jardín con lucecitas por acá y por allá, entre las plantas y enroscadas como collares en los troncos de las palmeras. Un sendero lleva a una casa blanca, llena de ventanas enormes de cristal, grandes como paredes. Se ve a cuatro hombres dentro y uno baila, bueno, eso creo, porque no se oye música. Se oye el mar, como riendo y llorando al ir y venir. Antes de remontar todo el sendero se abre una puerta de la casa y un hombre saluda a la señora Dolores. Huele a comida y de pronto se oye un ballenato. Todas nos miramos y sonreímos.

—¡Por fin llegan! Los gringos se estaban poniendo bravos.

—¿Qué es ese estrés, Wilfred? ¿Qué hubo? El chófer se extravió. Esta casa es nueva. Las niñas tienen hambre.

—Sigan, sigan, vamos. Está todo *ready*.

Alyssa y las demás niñas entran en un espacioso salón. Al fondo, bebiendo de pie y mirándolas sonrientes, hay cuatro hombres grandes, colorados y gordos. Extranjeros. Detrás de ellos hay montones de comida, dulces y gaseosas que su-

dan de frío. Alyssa mira alternativamente a los enormes extranjeros y a la comida y se asusta: ¿no se lo comerán todo ellos?

—¿Ves lo que te dije viniendo, Rafa? Son como ángeles. Cinco angelitas morenitas, doraditas. A las angelitas negras también las quiere Dios, ¡pero no aquí!

—Esas tres son muy mayores, ¿no, Luis?

—No te preocupes. La señora Dolores es de total confianza. Nunca trae nada de segunda mano. ¿Más ron?

—Sí..., por favor.

—¿Tu primer viaje al país de la fantasía? ¿Nervioso?

—Un poco. Bueno, esto no es...

—¡Exacto! Esto es real. Es mucho mejor.

—No sé, tengo miedo...

—Bebe un poco. Relájate.

—Sí, ponme un poco más... Un poco más.

—Con calma. Te vas a emborrachar y es una pena. Cuando vengo a estos sitios no bebo nunca. O casi nada. Me gusta estar completamente sobrio, consciente de todo mi ser. Demasiado caro y peligroso como para no disfrutarlo. Trabajo todo el año como un hijoputa para viajar. ¡Coño, tú precisamente no deberías estar nervioso! Eres maestro, ¿no?

—Profesor de instituto. De literatura. En...

—¡Alto ahí! Exceso de información. Rafa, Alfredo, Ricardo y yo, Luis. Luis Pasteur. Lo bueno de estos safaris no del todo fotográficos es que nada es verdad; nada es real salvo lo único importante. Ellas, su hambre y nuestra hambre. Apetitos distintos pero complementarios, ¿no, maestro?

—Sí, es mi primera vez. Perdona.

—No será la última.

—¿Dónde vas?

—Con las ninfas. Mira a los otros dos repartiendo bocatas y Coca-Colas. Antes de que nos demos cuenta tendrán a las niñas sobre las rodillas. ¡Vaya par de cabrones! ¡No saben nada! Venga, vamos. No temas. ¡Son crías! Por eso es tan caro, avión y hotel aparte, por la selección y el trabajo previo de la señora Dolores. Las busca lejos, en los pueblos del interior. Las trae y en unas horas se las llevará. Las niñas están sin tocar y sus padres las aleccionan bien. Saben que tienen que obedecer en todo a la señora Dolores. El largo viaje, el hambre y nuestro espléndido muestrario de delicias dulces y saladas, nuestro surtido de bebidas heladas...

—¿Eres vendedor?

—No, ¿por qué? ¿Sabes que muchas de estas niñas no han visto nunca cubitos de hielo? El año pasado había una que los sostenía en las manitas hasta que se le ponían moradas. Lloraba cuando se le deshacían. Una preciosidad.

—Qué calor, no paro de sudar.

—El aire está al máximo. No hace calor. Es por el ron. Baja un poco el ritmo, hombre. ¡Hola, niñas! Soy el tito Luis y éste es el tito Rafa.

—Hola.

—Hola, señor.

—Hola, pequeña.

—Hola.

—Yo soy Rafa, el tito Rafa. ¿Cómo te llamas?

—Alyssa y tengo nueve años.

—¿Comida, quieres comida? Coge lo que quieras..., Aly-

sa. Alyssa... , ¡y sonrisas! ¡Yo te daré sonrisas! ¡Y besos! Pero, por favor, no hagas daño al tito Rafa.

—¿Y cómo así? ¿Cómo le voy a hacer daño? —Alyssa se ve incapaz de herir al gigante colorado.

—¡Buena niña!

El hombre viejo suda mucho y huele a ron, como los hombres del pueblo olían en las noches de fiesta. Habla mucho y en castellano, pero es distinto. Yo le entiendo unas cosas y otras no. Me da emparedados y dulcerías con gaseosa. Las otras niñas se han ido con los otros extranjeros. Uno llevaba una máquina de fotos muy grande, muy rara, con una linterna muy fuerte y nos ha prometido que nos va a sacar en una película. Supongo que luego vendrá a buscarme. No me gustaría que se olvidasen de mí y me dejasen aquí hablando con este señor. Es muy simpático, pero también un poco extraño. Ya no tengo hambre y el tito Rafa no quiere que lo llame de usted. Me acaricia el pelo mientras me habla. No lo entiendo muy bien porque lo dice todo bien bajito y bebe mucho ron. Yo no tengo miedo porque mi mamá me dijo que obedeciera a la señora Dolores y ella nos ha dicho que hagamos lo que estos señores nos manden. Que así volveremos pronto a nuestras casas y ayudaremos a nuestras familias con una platica. El hombre habla mucho y de pronto se calla y me mira muy fijo ladeando la cara, girándola, como para verme con más detalle. Está muy borracho y huele feo cuando me besa en las mejillas y me sienta en sus rodillas.

—Eres muy guapa, Alyssa. Eres muy guapa y lo serás más cuando crezcas.

—Gracias, tito Rafa.

—Es la verdad. No me lo agradezcas. No se lo agradezcas a

nadie. Te joderá la vida. Ser pobre y guapa es un pasaporte al infierno. Todavía si eres fea no se fijarán en ti. Pero ser guapa, pobre y miserable, te hará conocer lo peor del ser humano porque serás débil y deseable. Todos querrán ser tus dueños y tú no tendrás con qué defenderte. Alcánzame ese vaso, por favor... La belleza puede ser una maldición, pequeña Alyssa. Las mujeres te odiarán y los hombres te desearán mucho, pero te temerán aún más. Y los hombres asustados son los peores. Claro que eso es culpa de las mujeres, ¿sabes?

—¿Usted me tiene miedo, tito Rafa?

—¿Yo? ¡Yo...! Yo no te tengo miedo. ¡Eres tú la que tienes que tener terror porque te voy a quitar el alma!

—Por favor, tito Rafa, no me lastime... Por favor, se lo ruego...

—Tranquila, Alyssa, tranquila. Perdóname, no quería gritarte. Estoy un poco..., perdona. No llores, tranquila... ¿Quieres más Coca-Cola? Así, cálmate. Sólo se te va a ensuciar un poco el alma. A partir de hoy serás *Bella sin alma*. Era una canción que cantaba un italiano, Richard Cocciante creo que se llamaba. Una porquería para zorritas quinceañeras. Yo estoy rodeado de ellas todos los días. Unas viejas putas pintarrajeadas, sin el menor atractivo. Nada que ver contigo, con mi niña. Te haré un regalo a cambio de tu alma. Dame un beso. Eso es. Escucha:

Un soir, j'ai assis la Beauté sur mes genoux.

Et je l'ai trouvée amère. Et je l'ai injuriée.

»Arthur Rimbaud, R-I-M-B-Ó, escribió estos versos en *Une saison en enfer*. Título mentiroso porque, y esto es algo que empe-

zarás a comprender a partir de esta noche, no pasamos por el infierno. Vivimos en él y sólo podemos mirar fuera muy de cuando en cuando. Genial poeta, pero mentiroso. Todos lo son. Quieren encerrar cosas en las palabras y se quedan cortos. No entiendes nada, ¿verdad? Ése es tu encanto y se romperá tan pronto como yo quiera. Para siempre. Ése es mi poder y mi placer. Dice:

Una noche, senté a la Belleza en mis rodillas.

Y la encontré amarga. Y la injurié.

»Para mí la belleza siempre ha sido amarga y yo su víctima. A eso se reduce todo: a víctimas y verdugos: ¿quiénes son víctimas?, ¿quiénes son verdugos? Hasta el infinito, como en espejos enfrentados. En el fondo, el mundo está pensado de puta madre. Sólo hay que desplazarte por él para pasar de víctima a verdugo, como por las casillas del parchís. Algunos mierdas se conforman con una foto apresurada, una talla indígena o un kilim mal tejido. Pero los que somos verdaderas víctimas podemos atrevernos a algo más. Los verdugos se quedan siempre con algo único, irremplazable. Ya lo entenderás:

Cela s'est passé. Je sais aujourd'hui saluer la beauté.

El tito Rafa no para de tomar y me asusta con palabras que no entiendo. Me agarra más firme por la cintura y me abre las piernas. Me manosea los muslos y me pasa la yema de un dedo muy grande por encima de la bombachita. Me habla muy bajito y respira muy hondo. Me aparta la tela y me hurga con el dedo. Se lo chupa y me hurga.

Me hace daño.

Me sonrío, pero me hace mucho daño.

¡Aaaaaah!

—Sssssh.

Suda como la montaña y tiene los ojos rojos. Húmedos.

La música paró.

Me duele mucho y sólo se oye el mar.

Los calvos

Julián aprieta la mandíbula, ¡joder, cómo suda el Holandés!, y siente cómo se le dilatan los orificios de la nariz cada vez que las agujas se le clavan en la piel. Pican con el zumbido de un tábano metálico. Si abro los ojos veo la jeta del Holandés y la marca de los botellazos en la calva; si los cierro sólo oigo el ruido de un bicho de acero que me muerde, con alas y bocas chirriantes. Me estoy mareando, ¿le quedará mucho? Todavía está rellenando la primera letra japonesa, ¿son letras?, ¿japonesas...?

Hay carne en esa parte del hombro. Dolerá más cuando las agujas se acerquen al hueso, a la parte superior de la articulación. Preguntaría cuánto le falta, pero no hay honor en mostrar dolor. Éste es un momento de Sangre y Honor, y el Holandés sólo le gruñiría. Así que Julián amaga las náuseas con un trago de cerveza caliente. Mostrar dolor es de débiles. Es peligroso, al menos en el lugar donde él ha crecido. No es tanto una cuestión de hombría, que también, como de supervivencia. Si te quejas eres débil y si eres débil y llamas la atención, demostrando que el dolor te asusta, te conviertes en presa; en objetivo de

los fuertes. De éstos cuyo único poder es precisamente provocar dolor. Julián López, el Katana, no puede mostrarse débil ante sus amigos porque entonces dejarían de respetarlo, de obedecerlo y eso sería peligroso para todos. Hay muchos calvos con cojones pero él, Julián, además tiene cabeza. Los otros lo saben, Julián se ha ganado su admiración en muchas batallas, en muchos campos. No sólo aquí, en casa, sino por ahí fuera, que es donde de verdad hay que echarle pelotas al asunto...

侍

Julián mira a sus amigos con una sonrisa temblorosa a su pesar. Felipe, el Loco, le devuelve una mirada retadora, burlona. El cabrón se correría si me quejara. Esperas tu momento, ¿eh? Lleva más tatuajes que nadie y también le gusta hacerse escarificaciones. Se raja él mismo con cuchillas y no deja que la herida cicatrice hasta que coge relieve. Ahora anda empalmado con algo que le contó el Holandés; que algunos polinesios se injertan conchas en la polla para darle más gusto a sus mujeres. Al Loco no le interesan ni las conchitas ni tocarse el pito. Él quiere injertarse algo en las manos. Algo que corte. El Loco está loco, cada vez más. Loco, cabrón, ¿qué tienes en la cabeza? Hace tres años que nos vemos en el Fondo Sur, tres años y todavía me sorprendes. Me inquietas. Sí, inquietud, porque yo no le tengo miedo a nada ni a nadie. Por eso me obedecéis y el Abuelo confía en mí para mandaros. Sabe que yo no la cago. Tú, Loco, la acabarás cagando. Cada vez me cuesta más pararte, acabarás

matando a algún pringao. Cualquier domingo. A los otros, al Asterix y al Nazi, hay que jalearlos para que peguen. En el fondo, ni siquiera les gusta pelear. Les encantaría que hubiese algo, una pirula o algo así, que te la tomaras y listo: todo dios acojonado y ellos caminando erguidos por en medio. Afortunadamente no es así, afortunadamente hay que ganarse el respeto a hostias. No hay pirulas para eso. Ése es el problema del Asterix, que se pasa el día comiendo pastis y ya no se entera de nada. Tiene el cerebro abrasado. Los médicos del seguro fliparon con él. Tiene la cabeza como un viejo. Luis, el Nazi, no. Ése es todo lo contrario. No fuma, no bebe, no se droga y se pasa el día lavándose. Una y otra vez. Yo no he visto a nadie que se lave más las manos al cabo del día. Nunca lleva una mancha y cuando se pone junto al Loco parecen un anuncio de esos de detergentes. Uno lleno de lamparones y el otro reluciente. Luis, el Nazi, sólo es feliz hablando de Hitler, del Tercer Reich... No me gustaría que mi culo dependiera de él. Sólo el miedo a parecer un cobarde le hace ir para adelante.

—¿Cómo vas, Holandés?

—Fien, Katanag, foy a empefgzag con la otra, ¡ja! —Al Holandés le patina el acento y se le escapan silbidos por las trone-ras de una boca mellada, rota y pateada en cien batallas contra los hijoputas del Feyenord, como buen ajacied. Se cargó a uno y se vino, con ayuda de unos camaradas de Zaragoza, a instalarse aquí con sus agujas y sus diseños. Y aquí sigue, peleándose y abriendo birras con los dientes, lo cual no ayuda a mejorar su pronunciación. Julián fuerza una mueca de aprobación mientras el Holandés lo mira con sus ojillos porcinos y sube el volumen de la música. ¿Por qué? Yo no estoy gritando. ¡Oi, Oi!